

contra el sufragio universal, contra el respeto debido á las leyes, y, en fin, una tentativa para turbar la tranquilidad pública excitando el odio de unos ciudadanos contra otros. Montalembert, defendido por Berryer, fué condenado á seis meses de prisión. Indultado antes de la expiración del plazo de apelación, y, por una coincidencia irónica, en el aniversario del 2 de diciembre, rehusó el indulto, compareció ante el Tribunal que redujo la prisión á tres meses, y fué indultado de nuevo á pesar suyo. Napoleón, hablando en Compiègne con lord Clarendon, explicó en los siguientes términos el motivo de aquellos rigores: «Hay en nuestro país una verdadera conspiración de escritores contra mi gobierno. Guardándose de los ataques directos y procediendo de la manera más insidiosa, introducen en asuntos que, al parecer, no afectan á la política ni á Francia, las alusiones más hostiles y más injuriosas para mí. Condenando á un hombre tan ilustre como Montalembert, he querido hacer un ejemplar que produzca en ese partido un miedo saludable (1).»

(1) *The Greville Mémoires*, tomo VIII, pág. 219.

Así terminaba el año de 1858. De pronto fijóse un nubarrón en el horizonte político y aumentó hasta invadirlo enteramente. Poco después del atentado de Orsini, el príncipe Alberto escribió: «Me temo algún golpe teatral italiano (2).» Este golpe teatral estaba á punto de producirse. Para explicar aquí los acontecimientos que van á seguir, hemos de remontarnos á unos cuantos años atrás y entrar en los detalles de una evolución que se perseguía hacia tiempo, ora públicamente, ora en la sombra, pero con una perseverancia incansable. En el nuevo orden de acontecimientos que va á presentarse para nosotros, ningún hecho debe ser despreciado, ninguna revelación debe pasar inadvertida, y, cualesquiera que sean los desarrollos, no nos consideraremos dispensados de exponerlos á los lectores, tan importante es la materia. Política italiana, se dirá. No, no, política francesa, como harlo se verá en el curso de esta narración. **FUÉ EN ITALIA DONDE SE DECIDIÓ LA SUERTE DEL SEGUNDO IMPERIO.**

(2) Carta del príncipe Alberto al barón Stokmar, 21 de abril de 1858 (*The life of Prince Consort*, por Teodoro Martín, tomo IV, pág. 216).

LIBRO DÉCIMOCUARTO

EL PIAMONTE É ITALIA

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Las soberanías italianas: Austria: gobiernos italianos de 1815 á 1846: Pio IX y sus tentativas: agitaciones de 1848: reacción.
- II.—El Piamonte: Víctor Manuel: de las razones diversas que le hicieron retroceder ó avanzar: de cómo mantuvo el estatuto y escapó á la influencia de Austria.
- III.—El caballero Máximo de Azeglio: su carácter; tendencias de su ministerio; acusaciones contra el Austria: lucha contra Roma: ley del *Fuero* é incidentes diversos. De cómo de Azeglio dejó de mantenerse á la altura de su misión: su retirada.
- IV.—Cavour; su educación; su juventud; principios de su vida política; su entrada en el ministerio, y aspecto bajo el cual se revela en él: de cómo llega á la presidencia del consejo (4 de noviembre de 1852).
- V.—Plan general de Cavour: de cómo procura hacer renacer la *cuestión italiana*.—De su celo en dar importancia al Piamonte: los emigrados; la prensa; las correspondencias extranjeras; los turistas.—Esfuerzos por captarse las simpatías de Francia.—El Austria: motín en Milán: conflicto diplomático entre Viena y Turín.—Lucha con Roma: incidentes diversos: ley sobre las órdenes religiosas.
- VI.—La guerra de Oriente: de cómo y por qué desea Cavour mezclarse en ella: primeras negociaciones: Drouyn de L'Huys y Villamariana; sir Hudson y Cavour: objeciones y aplazamiento.—Apuros de Inglaterra que busca soldados por todas partes: se vuelve á estudiar el proyecto abandonado: condiciones de la intervención; vacilaciones: osadía de Cavour que se compromete sin ninguna garantía: firma del tratado.—El tratado de alianza en la Cámara de los diputados y en el Senado: objeciones: voto.—Lastimosos auspicios bajo los cuales se inaugura la empresa: Traktir: se adivina que la guerra toca á su fin: todo depende de Napoleón III.
- VII.—Viaje del rey y de Cavour: acogida en París: permanencia en Londres; Cavour y Clarendon.—¿Qué se puede hacer por Italia?—Memoria de Cavour á Walewski.
- VIII.—El congreso de París: Cavour y sus relaciones con los miembros del congreso: sus esfuerzos y sus intrigas para asegurarse el apoyo del emperador: á falta de beneficios inmediatos, Cavour quiere, al menos, *entablar la cuestión italiana ante el congreso*. Minghetti en París: memorándum del 27 de marzo: de cómo la cuestión italiana es discutida en la última sesión del congreso (8 abril).—Ilusiones y pasajera exaltación de Cavour: de cómo sus ilusiones se disipan.—Vuelta de Cavour á Turín: de qué manera conviene apreciar los resultados de sus esfuerzos.
- IX.—Cavour y el gobierno austriaco: sus esfuerzos á fin de hacer renacer los conflictos.—Actitud moderada del Austria: de cómo es aconsejada por Inglaterra.—Viaje del emperador Francisco José á Italia: incidentes: de cómo el Austria pierde el fruto de su prudencia, y de qué manera se acentúa la división entre los gobiernos de Viena y de Turín.—Cavour y los revolucionarios italianos: la Farina: creación de la *Sociedad nacional italiana*: su composición, su objeto, su funcionamiento.
- X.—Triple cuidado de Cavour en 1857.—El emperador Nicolás III y las señales contradictorias de su política.—Mazzini; sus intrigas: motín en Génova.—Oposición en el interior: elecciones legislativas en el Piamonte: su resultado: crisis que atraviesa Cavour y de cómo triunfa de ella.
- XI.—Atentado de Orsini: recriminaciones contra Cerdeña: incidentes diversos: grandes riesgos que corren los planes de Cavour.—Cambio brusco: proceso de Orsini: extraños incidentes.—De cómo la alianza, un momento comprometida, se reanuda.
- XII.—Un mensajero del emperador en Turín: cómo y con qué misterio es preparado el viaje de Cavour á Plombières.—Entrevista de Cavour con el emperador: asuntos debatidos en ella: del matrimonio del príncipe Napoleón.—Cavour después de la entrevista de Plombières, y su regreso á Turín.
- XIII.—De cómo es anunciado el viaje de Cavour.—Las Tullerías: algunos síntomas de una evolución política.—Edmundo About y la cuestión romana; la cuestión Mortara.—Del estado de Italia: confidencias de Cavour al Sr. Pasolini: la *Sociedad nacional*: actividad de Farina: proyectos de insurrección en la Italia central.—Francia á fines de 1858: la corte imperial en Compiègne; lord Clarendon; lord Palmerston: Salvagnoli: el príncipe Napoleón: lenguaje de los periódicos: nota pacífica del *Monitor* (4 diciembre).—Emociones en Europa y precauciones en Austria.—Preparativos de Cavour; sus confidencias; del acierto con que precisa la hora de la lucha.

I

La obra ya vieja de la unidad italiana ha borrado de tal modo la huella de las antiguas circunscripciones territoriales, que conviene recordar á las generaciones nuevas cuáles eran las soberanías que compartían antiguamente el suelo de la Península.

El congreso de Viena, en 1815, creó en Italia tres Estados centrales: al Norte, el *reino del Piamonte*, pues-

to otra vez bajo la vieja autoridad de la casa de Saboya, se extiende desde el pie de los Alpes hasta las riberas del Tesino, agrandado con la antigua república de Génova; al Sur, el *reino de las Dos Sicilias*, devuelto á la casa de Borbón; en el centro, los *Estados de la Iglesia*, que comprendían cuatro partes distintas: Roma y el patrimonio primitivo del Padre Santo, la Umbría con las provincias de Perosa, Spoleto y Rieti, y, en la vertiente oriental de los Apeninos, las Marcas de Ancona

y las legaciones de Bolonia, Rávena, Forlì y Ferrara, por donde se extendía hasta las márgenes del Po el dominio pontificio. A estas tres monarquías relativamente grandes se añadían tres pequeños Estados, de los cuales uno solo, la *Toscana*, tenía sus tradiciones, sus recuerdos gloriosos y su razón de ser histórica. Los otros dos no eran más que creaciones arbitrarias de la política, siempre en busca de indemnizaciones ó compensaciones: estos eran por un lado el *ducado de Módena*, gobernado por la casa de Este y situado como á caballo sobre ambas vertientes del Apenino, y por otro lado el *ducado de Parma*, tan pegado al Piamonte por todas sus fronteras que parecía su natural prolongación.

En aquella organización no se hallaban comprendidas ni la rica Lombardía ni el antiguo dominio de la república de Venecia. Bajo el nombre de reino Lombardo-Veneto, estas provincias fueron anexionadas á Austria. Al sancionar esta combinación, los plenipotenciarios del congreso de Viena persiguieron varios fines. En primer lugar quisieron asegurar á la casa de Lorena, para el día en que la coalición triunfase, un despojo proporcionado á sus esfuerzos, y no se les ocurrió nada mejor que quitar aquel despojo á Italia, que nadie consideraba entonces apta para la independencia y á quien los más favorables concedían á lo sumo algún espíritu de libertad municipal. En segundo lugar (y esta era su principal preocupación) quisieron precaverse contra las empresas de Francia allende los Alpes: á este fin instalaron á orillas del Po los soldados de Austria como centinelas avanzados de Europa y como garantes de su seguridad. Investida de aquella misión de vigilancia, Austria no tardó en ampliarla hasta el punto de desnaturalizarla. Mediante convenios particulares con los príncipes italianos, estipuló en favor suyo un derecho de guarnición, no sólo en Plasencia, donde lo tenía ya en virtud del acta de Viena, sino que también en Parma, Módena, Florencia y las Romañas. So pretexto de proteger á los soberanos contra las empresas revolucionarias, los redujo casi á la situación de vasallos. Las ocupaciones fueron tan frecuentes y tan prolongadas que, en la Italia central, pronto parecieron el estado normal de los gobiernos y de las poblaciones. Y aquellas extensiones arbitrarias hubiesen despertado indudablemente alguna inquietud por lo que afectaba al equilibrio general, si Austria no hubiese sido una potencia vieja y gastada, impropia para rejuvenecerse ó renovarse, lenta en la diplomacia como en la guerra, sujeta á todas las trabas de un formalismo estrecho, extenuada en el esfuerzo de fundir sus razas diversas, con más pretensiones que ambición, no pensando más que en defender su influencia aun cuando parecía querer extenderla, más cuidadosa de conservar que de adquirir.

Aquel estado de cosas duró treinta años sin alteraciones notables. Los príncipes instalados ó restaurados por el congreso de Viena reanudaron su tren de vida ordinario, como si ningún acontecimiento hubiese interrumpido su curso. Era la rutina tradicional de los gobiernos de antiguo régimen: más abusos que violencias; pocas libertades sancionadas por la ley, pero, en cambio, muchos usos consagrados por el tiempo y que la voluntad soberana hubiera abolido difícilmente; una extraña mezcla de caprichos tiránicos y de paternos so-

licitudes; pocas cargas, pero mal repartidas; poco desarrollo para la ambición, pero una vida fácil, merced sobre todo á la moderación general de los deseos; una especie de inmovilidad en que se complacían fácilmente los príncipes y en que se adormecían los pueblos. Aquel poder, tan poco fiscalizado en apariencia, encontraba, según las regiones, su temperación y su correctivo; encontrábalos en Florencia en el espíritu inteligente de los soberanos, en la dignidad cortés de los caracteres y en la suavidad general de las costumbres; encontrábalos en Roma en la mansedumbre de los pontífices y en la presencia de numerosos extranjeros que creaban una verdadera opinión pública, muy vigilante y en extremo susceptible; encontrábalos finalmente en Nápoles, donde la autoridad real, muy dura y recelosa con las clases ilustradas, se ejercía respecto á los pobres y á los humildes con una benévola y familiar sencillez. Aun suavizado así, semejante régimen no podía gustar á las almas elevadas que se habían enamorado de los grandes horizontes de la libertad, ni á los espíritus inquietos ó facciosos á quienes desconcertaba tan vigilante represión. Los primeros se recogieron en la ilusión ó en la esperanza de mejores días, y los segundos se refugiaron en las sociedades secretas, donde urdieron complotos, sucumbieron y fueron víctimas de reacciones que no solamente les alcanzaron á ellos y á sus cómplices, sino que se extendieron con frecuencia á sus amigos más inofensivos. En las mismas medidas de represión se confundieron todos los Estados de la Península, incluso el Piamonte, que era entonces un gobierno de antiguo régimen, como los demás, y que no se distinguía de sus vecinos más que por una aivez extraordinaria y por una administración mejor.

En 1846, con el advenimiento de Pío IX al solio pontificio, sopló un espíritu nuevo sobre Italia. El papa invitó á los príncipes á que rejuvenecieran su gobierno, á que hicieran penetrar en él la luz y el progreso y á que abandonaran parte de sus atribuciones para asegurar el resto. Y él predicó con el ejemplo, procuró corregir los abusos y proclamó, con el entusiasta aplauso de todo el mundo, la alianza necesaria entre la sociedad moderna y el Evangelio. Tal designio, aunque algo indeciso en la ejecución y aunque nunca llegó á completarse por la fuerza misma de las cosas, honrará eternamente la memoria de Pío IX.

Apenas empezada, la obra del Pontífice fué confiscada por la revolución. Esta germinaba hacía algún tiempo cuando, á principios de 1848, los acontecimientos de París la hicieron estallar. Su primera víctima fué el mismo Pío IX. Desde el pie de los Alpes hasta el fondo de Sicilia, desde las costas del Mediterráneo hasta las del Adriático, el movimiento se propagó con una intensidad que desafió toda resistencia. Ora fué la rebelión abierta contra los príncipes, ora una agitación medio persuasiva, medio violenta para empujar á aquellos príncipes por la vía de las reformas. Dominaban dos ideas: la de arrojar á Austria del suelo nacional y la de establecer el régimen constitucional, ya imponiéndolo á los soberanos por medio de la amenaza, ya creándolos sin intervención de ellos y contra ellos. Completaba aquel programa la concepción, no de la unidad, que nadie, á excepción de Mazzini, perseguía entonces, sino de una especie de federación que asegurase la

unión en el interior y la independencia respecto al extranjero.

El plan no carecía de grandeza, pero el resultado fué lamentable. Carlos Alberto, rey del Piamonte, separándose resueltamente por primera vez de los demás príncipes de la Península, hizo un llamamiento para la lucha contra el Austria á todos los voluntarios de Italia; una primera campaña, después de algunas victorias seguidas de reveses, terminó con un armisticio que dejaba al gobierno de Viena la integridad de sus posesiones. Seis meses después, una segunda toma de armas, resuelta más bien por arrebatado que por cálculo, tuvo por desenlace, después de tres días de lucha, la decisiva derrota de Novara. Al mismo tiempo, Venecia, después de una larga resistencia, volvía á caer bajo la dominación austriaca. Al menos estas derrotas fueron acompañadas de alguna gloria. En el interior triunfó la anarquía sin gloria alguna. Acostumbrados al cómodo reposo de la servidumbre, los pueblos se vieron apurados cuando se trató de poner en práctica las libertades tan apresuradamente establecidas. En tales apuros, consumieron su actividad en paseos tumultuosos, en clamores, en arengas, en iluminaciones sin fin, manifestaciones que hubieran sido más pueriles que perjudiciales si no hubiesen hecho perder poco ó mucho la confianza y asustado á las personas sensatas. Para ocupar el poder vacante, de todas partes acudieron demócratas cosmopolitas, polacos, belgas, americanos, húngaros, siempre en busca de disturbios y dispuestos á sacar partido de ellos. Se dió el caso de que los pobres italianos, que tachaban á sus príncipes de extranjeros, cayeron bajo el yugo de otros extranjeros que les arrebataron sus bienes más preciosos, empezando por aquellas mismas libertades tan fastuosamente proclamadas. Entonces á la anarquía se añadió el crimen. De todos aquellos crímenes, el más famoso fué el asesinato del ministro Rossi, mortalmente herido el 15 de noviembre de 1848 en la escalinata de la cancillería. La obra de Pío IX se alteró de esta manera al extremo de no parecerse en nada á la idea primitiva: sus pensamientos más fecundos, sus iniciativas más generosas, sus ensueños de pacífica y cristiana libertad, todo se perdió en la ola revolucionaria.

Vino la reacción, y hay que agradecerle todos los actos de rigor que dejó de cometer, pues hubiera podido atreverse impunemente á todo. El rey de Nápoles repudió con ostentación las libertades que había concedido; el gran duque de Toscana, más bonachón, se contentó con dejarlas caer poco á poco en desuso. En cuanto á Pío IX, fué necesario que las armas francesas le devolviesen su capital: reconquistada Roma, permaneció largo tiempo alejado de ella, residiendo primero en Gaeta y después en Portici, tan apurado como agradecido por nuestra protección, sin atreverse á volver como padre á sus Estados y sin resignarse á volver á ellos como justiciero. A su regreso, se aplicó á limitar el desarrollo de sus generosos designios. Mientras tanto, Austria reorganizaba su dominación un instante comprometida. Los uniformes blancos reaparecieron en Milán, en Verona, en Venecia, en Parma, en Módena y en Bolonia. Todo aquel aparato podía desplegarse con mayor seguridad que antes, tan violenta era la corriente de reacción que reinaba entonces en toda Europa.

En tal estado de cosas, ¿qué podían hacer los liberales italianos, privados de todo auxilio exterior, castigados por la revolución hasta el punto de alegrarse secretamente de la restauración de sus príncipes? ¿No estaban vencidos, vencidos para mucho tiempo, vencidos quizá para siempre? La obra de 1815, fortalecida por la misma crisis que había atravesado victoriosamente, ¿no se hallaba consolidada, renovada y rejuvenecida?

Lo hubiera sido, en efecto, sin la iniciativa inesperada de un pequeño pueblo que, hasta entonces oscuro, se aplicó con una perseverancia extraordinaria á preparar los destinos futuros, supo atraer á la causa de Italia poderosos amigos, adictos hasta la complicidad y ofuscados hasta el olvido de sus propios intereses, utilizó para sus fines y con igual habilidad la franqueza y la mentira, sacó partido de todo, hasta de sus causas de inferioridad, evitó los obstáculos con una destreza inaudita, ocultó sus miras, las reveló á medias, las descubrió del todo en el momento oportuno, y, á través de tantas evoluciones, fué secundado por una suerte tan constante, que no se sabe qué admirar más, si la habilidad refinada que presidió á la empresa ó los increíbles favores de la fortuna que permitieron coronarla.

II

El 14 de octubre de 1849, cuando las cenizas de Carlos Alberto, muerto lejos de su país, después de la derrota de Novara, eran transportadas de la catedral de San Juan á la basílica de la Superga, y cuando el cortejo, menos imponente por la pompa oficial que por el dolor público, desfilaba por la larga plaza que termina la calle del Po, dos mujeres de alto rango, la marquesa Constanza de Azeglio y la marquesa Arconati, impresionadas por la grandeza de la escena, expresaron con una frase el pensamiento mezclado de duelo y esperanza que agitaba entonces á algunos de los espectadores. «He aquí, dijo una de ellas, el final del primer acto de un gran drama: ¿qué será el que ahora empieza?» Y la otra contestó: «Nos queda el hijo, y éste hará lo que no pudo realizar el padre (1).»

A no consultar más que las apariencias, el joven rey Víctor Manuel no parecía destinado á realizar tal presagio. Su educación había sido más bien la de un caballero que la de un hombre político. Había aprendido poco de los hombres y menos todavía de los libros. Educado fuera de los negocios, no había sido iniciado por ninguna prueba progresiva en el arte de gobernar. Las influencias ejercidas sobre él parecían propias para desviarle de las empresas arriesgadas, sobre todo de aquellas que, por el conflicto de los intereses, podían alarmar á su conciencia ó comprometer su salvación. La dinastía de Saboya, en efecto, se preciaba sobre todo de ser tradicionalmente fiel á la Iglesia, de una ortodoxia rigurosa y de una devoción austera. En el palacio real de Turín, enseñaba con orgullo, en el propio salón del consejo, los retratos de sus miembros, príncipes, fundadores de órdenes, cardenales, que habían sido ilustres, no por la gloria humana, sino por su piedad, y que la Iglesia, con el título de santo ó de bienaventurado, había colocado en sus altares. En las gale-

(1) Massari, *Vita di Vittorio Emanuele*, tomo I, pág. 80.

rias de la *Consolata* se hallaban expuestos los ex votos de los reyes y reinas al lado de los ofrecidos por los fieles más humildes. La abadía de Hautecombe, depositaria de las antiguas sepulturas reales, guardaba religiosamente testimonios de austeridad y hasta instrumentos de penitencia que parecían pertenecientes á edades desaparecidas. Aquella piedad hereditaria, á menudo sombría, estrecha, disminuída por mezquinas prácticas, había revestido en Carlos Alberto el carácter de un verdadero misticismo, y aquellos recientes recuerdos, junto con los recuerdos antiguos, iban á preservar sin duda para siempre al joven rey de todo proyecto sacrilego ó simplemente temerario.

Las alianzas de familia se unían á las tradiciones religiosas para retener al nuevo monarca en la vía trazada por sus antepasados. Los príncipes de Saboya, tan ilustres como los más altivos, habían pedido sus esposas á las razas más antiguas de Europa, principalmente á las casas de Austria y de Borbón: Víctor Manuel era sobrino del gran duque de Toscana y del archiduque Reniero; estaba emparentado con los Borbones de Nápoles y se había casado con una princesa austriaca. El tono general de las personas que le rodeaban y de su corte no era menos propio para mantenerlo en las máximas antiguas: era una corte de antiguo régimen, ceremoniosa, formalista, tiesa como las calles de Turín tiradas á cordel y de horizontes uniformes; económica ordinariamente por necesidad y por gusto, fastuosa, sin embargo, cuando lo exigía el esplendor de la dinastía; penetrada de ideas sanas, pero estrechas, y considerando inútil ensancharlas; pacíficamente retrógrada, pero sin pasión, sin amargura y sin cólera. Sobre toda la vida social, al menos en las clases elevadas, se extendía un tinte severo, una especie de disciplina medio militar, medio monacal, algo de frío y rudo como los vientos de las montañas cuando, al bajar de las alturas, llevan hasta el llano de Turín las fortificantes, pero ásperas sensaciones de los ventisqueros. Las ideas, las costumbres, las cualidades lo mismo que los defectos, las preocupaciones lo mismo que las virtudes, todo parecía, pues, trazar en torno del joven príncipe un círculo que sólo una ambición muy robusta y tenaz hubiera sido capaz de romper.

Ambición, Víctor Manuel no la había manifestado hasta entonces, como no fuera la de substraerse á la etiqueta, que ya le disgustaba entonces y que más tarde le causó horror. Para escapar á ella, huía con frecuencia á la montaña, donde durante largos días, olvidado de todos y encontrando en aquel olvido un encanto infinito, gastaba en el ejercicio violento de la caza las fuerzas superabundantes de su cuerpo robusto. Lo que le quedaba de actividad lo consagraba, no á los negocios, sino á los placeres, que fueron entonces, como en lo sucesivo, la grande ocupación de su vida. Las circunstancias de su advenimiento al trono contribuyeron sin duda todavía á apartar á Víctor Manuel de la política aventurera. El primer día de su reinado había sido uno de los más trágicos de la historia de su país: la noche misma de Novara, en medio del desconcierto de la derrota y enfrente del campo enemigo, recogió de manos de Carlos Alberto, que partía para el destierro, un cetro medio roto por la fortuna adversa. El primer acto de su poder fué implorar de Radetzki un armisticio y la

paz. Apenas escapado al peligro, giba á querer arrojarse nuevamente á él? A una obra desproporcionada á sus fuerzas, trastornadora quizá para su conciencia, ¿no preferiría el papel cómodo y lucrativo de protegido del Austria? Después de tantas sacudidas, su único pensamiento ¿no consistiría en asegurar á su pueblo la tranquilidad, aunque ésta fuese más obscura que gloriosa?

Tales eran las apariencias, pero nada más que las apariencias. Penetrando en el fondo de las cosas, no es difícil reconocer que las probabilidades eran mejores para el hijo de Carlos Alberto. Sus pueblos, saboyanos, sardos, piemonteses, pastores y cazadores de la montaña ó labradores del llano, eran robustos, ágiles, resistentes á la marcha como al trabajo, hábiles en el manejo de las armas, insensibles á las intemperias de las estaciones, igualmente distantes de la extrema miseria que deprime y de la excesiva abundancia que entumece. Las costumbres de disciplina no enervadas aún por el espíritu de discusión, y el sentimiento de la solidaridad militar, descendido de la nobleza hasta el campesino, les hacían propios para la vida del soldado.

La tradicional obediencia á la dinastía garantizaba que el rey no encontraría más que súbditos fieles, hasta en empresas oscuras, no comprendidas ó dudosas, y que la desaprobación íntima de las almas no degeneraría jamás en rebeldía ó sedición. Aquella dinastía misma, aunque á menudo tiránica y mezquina en sus proceder como en sus miras, no dejaba de ser popular. Un lazo antiguo, tan antiguo que se perdía en la noche de los tiempos, la unía á la nación. A fuerza de vivir una vida común, príncipes y pueblos habían concluído por fundirse y parecerse. Estaban unidos por una familiaridad respetuosa; eran de costumbres sencillas, frugales, devotos con alternativas de placeres groseros seguidos de duras penitencias, habituados á una actividad sana, pero algo merodeadores y astutos, como es natural en montañeses á quienes tientan las riquezas del llano, aunque también susceptibles de remordimientos, remordimientos que acallaban haciendo algún donativo expiatorio á las iglesias y guardando el resto en paz.

Aquella antigua fusión de todos los elementos sociales comunicaba á Víctor Manuel una fuerza singular, aun en su derrota. Por un favor que la fortuna había concedido raramente á sus antepasados, el joven rey encontraba en derredor suyo hábiles servidores, de opiniones diversas, pero de igual fidelidad, en quienes poder apoyarse alternativamente, según que quisiese activar ó moderar su marcha: para la administración política ó civil, el conde Balbo, el conde de Revel y el caballero De Azeglio hubieran sido en todo país útiles consejeros, igualmente aptos para ilustrar al príncipe, para contenerlo ó para empujarlo: el ejército se honraba de contar entre sus jefes á los generales Dabormida y La Mármora y al coronel Menabrea, muy joven todavía y en un rango secundario, pero ya renombrado por su ciencia militar: en esta enumeración no nombro al personaje más ilustre de todos, el que, colocado hasta entonces en la penumbra, encarnará más tarde en sí todas las fuerzas de su país. Tanto para tratar, como para reanudar en su día la lucha, el Piemonte gozaba de un privilegio extraordinario y algo inadvertido. «Defenderemos la frontera del Tesino como la del Var,» había dicho en 1848 nuestro ministro de Negocios extranje-

ros (1). So color de equilibrio europeo, esta máxima había sido aceptada con alguna candidez como un axioma por nuestra cancillería. De ahí que el Austria, aun siendo victoriosa, podía verse obligada á ceder algo á las reclamaciones de Europa, mientras que para el Piemonte, aun siendo vencido, la peor condición sería no ganar nada. Lo que más prometía en favor del Piemonte eran ciertas palabras escapadas á Napoleón yendo de viaje ó de paseo, en conversaciones confidenciales, cuando escapaba á la atención de sus ministros ó de la Asamblea: repetíanse aquellas palabras, ampliándose su sentido; decíase que el príncipe, á pesar de la reciente expedición romana, había sido antes amigo y cómplice de los liberales italianos; y se complacían en pensar que, si la fortuna transformaba en un título permanente su magistratura pasajera, esta elevación sería provechosa para los pueblos de la península.

¿Tuvo Víctor Manuel, con aquella aguda intuición natural que en él suplió con frecuencia al estudio ó al genio, la visión de lo porvenir? ¿Quiso simplemente mostrarse fiel á los últimos pensamientos de su padre? ¿Sintió sobre todo permanecer bajo el golpe de una derrota y haber inaugurado su reinado con la disminución de su país? Lo cierto es que, entre los dos caminos que se le ofrecían, eligió resueltamente el segundo. Por una parte, desechó las insinuaciones del gabinete de Viena, que hubiera pagado gustoso su sumisión, y, en espera de la revancha, prefirió ser el vencido de Austria á ser su vasallo; por otra parte, mantuvo el Estatuto y con él el orden constitucional. Con la primera de esas actitudes, se proclamaba para lo porvenir el soldado de Italia, y con la segunda, juntaba en torno suyo á todos los liberales italianos.

III

El primer consejero de esa política fué Máximo de Azeglio. No cabía elección más oportuna. Máximo de Azeglio estaba unido á la aristocracia por su cuna y al partido liberal por sus ideas. Una herida recibida el año anterior en el sitio de Vincencia y no cicatrizada aún del todo atestiguaba mejor que todo lo demás su amor á Italia. Esa Italia él la quería libre y unida bajo el protectorado piemontés, pero no unitaria, porque esto último le parecía poco deseable y en todo caso imposible. A las aspiraciones del patriota unía las dotes del artista, del hombre de mundo, del literato, del poeta, cualidades tanto más notables cuanto que eran raras en el Piemonte. Su espíritu, más variado que fuerte, más amplio que profundo, más elevado que preciso, penetraba la verdad con una viva y natural intuición, pero, por pereza ó por ineptitud para los largos trabajos, á veces la dejaba escapar después de haberse apoderado de ella; y era de esos que, triunfando en todo, descuellan sin alcanzar del todo la grandeza. Pero esto importaba poco, pues otro había de venir luego que marcaría con gran claridad las líneas vagamente trazadas por él y se apropiaría su esbozo transformándolo. El no era más que el precursor de una obra que excedería á sus miras, turbando más de una vez su conciencia. Por sus cualida-

(1) Despacho de M. Bastide, ministro de Negocios extranjeros, al Sr. de Perrone, presidente del consejo del reino de Cerdeña, 23 de octubre de 1848 (M. Bastide, *La République française et l'Italie*, pág. 123).

des y también por sus defectos parecía el hombre á propósito para reconciliar en Italia los partidos y tranquilizar á Europa. En el Piemonte, en toda Italia, ¿quién no había de querer á aquel Máximo de Azeglio, valiente, jovial, generoso hasta la profusión de su patrimonio, exento de todo pedantismo, y llevando sus dignidades con tanta soltura, que su principal cuidado parecía consistir en olvidarlas? Cualesquiera que fuesen sus opiniones, la corte no se resignaba á mostrarse rigurosa con él; los moderados depositaban en él sus mejores esperanzas, y los demócratas le combatían sin detestarlo. Deseoso de asegurar la unión en aquel país tan largo tiempo dividido, ponía un cuidado infinito en evitar y velar los dissentimientos. Su reputación traspasó pronto las fronteras de su patria, y De Azeglio fué considerado como una garantía segura contra todos los excesos, de cualquier parte que viniesen. Nadie se imaginaba que aquel aristócrata pudiese ser un instrumento de revolución. Nadie se figuraba que aquel caballero, de espíritu independiente y sensato, pudiese comprometer locamente la paz y abrigar algún designio desleal. Era leal, en efecto, aunque por una razón enteramente italiana: «Es que la lealtad, decía, atrapa casi siempre lo demás (2).» El no pensaba en atrapar á nadie, pero no hubiera sido de su país si su rectitud no se hubiese temperado en ciertas ocasiones con alguna astucia. No tenía apego al poder y lo decía en voz alta; sin embargo, se consagró con enérgica actividad á su tarea de ministro.

La tarea no era fácil. Había que transformar en tratado definitivo los preliminares de paz con Austria, y para esto las dificultades eran grandes, menos á causa del Austria misma que á causa del parlamento sardo. El primer ensayo del régimen constitucional, hecho en medio de un período revolucionario, había dado resultados deplorables; el cuerpo electoral había nombrado hombres ignorantes, obstinados y fanáticos que, á pesar de la experiencia pasada, soñaban con nuevas y más locas aventuras. Fueron necesarias dos disoluciones sucesivas antes de que el ministerio dispusiese de una mayoría sólida y estable.

Sin embargo, no era aquella la mayor dificultad; la más grande consistía en poner á los ojos de Europa el Piemonte vencido en situación tan ventajosa como si fuese vencedor. Con una audacia que confunde, De Azeglio intentó ese esfuerzo, y, apenas escapado á los más terribles peligros, se puso á marcar los primeros jalones de los engrandecimientos futuros. Cuatro meses después de la batalla de Novara, escribía al conde Gallina en Londres: «Pienso que no debería renunciarse enteramente á la idea de anexionarnos tarde ó temprano los ducados de Parma y de Placencia. Porque si Austria ocupa también á Parma, dividirá la Italia en dos y será dueña de separar, según le convenga, la parte central de la meridional. Separados nosotros de la Toscana, nos será imposible realizar jamás ningún proyecto de liga aduanera.» Acompañaba estas insinuaciones un proyecto de inteligencia directa con el duque de Parma, que renunciaría á sus Estados mediante una indemnización (3). En Londres, como en París, seme-

(2) *Lettere inedite de Massimo d'Azeglio*, pág. 63.

(3) Despacho del caballero Máximo de Azeglio al conde Gallina en Londres, 16 de julio de 1849 (*La politica di Massimo d'Azeglio dal 1848 al 1859*, págs. 34-35).